
Emilio MARTÍNEZ ALBESA (coord.), *Sobre Fratelli tutti del papa Francisco*, Madrid: Ideas y Libros Ediciones (Colección «Ideas», 31), 2024, 706 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-17892-74-6.

Resultado de tres años de reflexión y diálogo entre treinta y cinco especialistas convocados por la Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia (AEDOS), mayoritariamente españoles, este libro colectivo e interdisciplinar nos guía en la lectura e interpretación de la última encíclica del papa Francisco. Es una obra madura, que dialoga no sólo con el Pontífice y entre los propios colaboradores del volumen, sino también con la mayoría de las demás publicaciones en español y en italiano sobre este documento pontificio. Nos pone ante cuestiones sociales ineludibles para el creyente de hoy y nos invita a sumarnos de manera constructiva y crítica al replanteamiento de las categorías teológicas, filosóficas, políticas y económicas que exige el actual cambio de época.

Partiendo del análisis de *Fratelli tutti* que hace el coordinador, el profesor Emilio Martínez, los autores presentan sus contribuciones. Estas han quedado organizadas en cinco bloques: *Hacia una teología de la fraternidad universal*; *Acercamiento espiritual a la fraternidad universal*; *Cultura del encuentro: proximidad, diálogo y compromiso*; *Amistad social y política*; y *Amistad social y económica*. Finalmente, el coordinador recoge y armoniza las principales ideas y propuestas en un extenso epílogo conclusivo, donde propone un amor sino-

dal y social para hermanarnos a escala universal.

La relación entre la fraternidad cristiana y la fraternidad universal se aborda teológicamente. Joaquín Jareño Alarcón descubre en la dignidad de la persona humana la base de su aspiración a la libertad y a la legítima igualdad, por lo que el bien común principal es el de hacer valer la universalidad de esa dignidad sin exclusiones. José Luis Fernández Fernández, apoyándose en Joseph Ratzinger, subraya que la fraternidad de los cristianos se pone al servicio de todos mediante la misión, el ágape y el sufrimiento. Siendo Cristo quien nos hace hijos de Dios y nos hermana, Juan José Pérez-Soba afirma que la Iglesia va formando la familia de los hijos de Dios en el mundo gradualmente; la fraternidad humana implica así un camino de amistad social incondicional que podrá edificar la sociedad en cuanto sea vivencia de un amor que una a las personas en el bien de la filiación divina. En esta línea, para el padre Jesús Villagrasa, el cristiano ha de ser levadura en la masa de la humanidad prolongando la obra reconciliadora de Cristo, de manera que la amistad social fructifique en una fraternidad cada vez más plena de acuerdo con el concepto de familia humana que nos ofrece el Magisterio. Roberto Repole, actual Arzobispo de Turín, conclu-

ye que la fraternidad cristiana sirve a la fraternidad universal mediante la participación de los cristianos en los padecimientos de Cristo redentor; el cristiano se hace don para los demás, buscando formar con ellos el Cristo total entregado a la salvación del mundo.

La fraternidad nos reclama una vivencia ascética y mística. Martín Carbajo Núñez profundiza la fraternidad en san Francisco de Asís y en la tradición franciscana, mostrando que la igualdad fundamental de todos y la singularidad de cada uno se combinan perfectamente cuando nos vemos unos a otros desde Dios y aceptamos a cada hermano como don de un Dios infinitamente generoso al que acoger con gratitud, amabilidad y misericordia. José Luis Vázquez Borau presenta cómo a san Carlos de Foucauld le inspiró la humildad y el amor de Jesús en su encarnación, en la que se hizo nuestro prójimo, para testimoniar la fraternidad y la amistad social en circunstancias difíciles. José Andrés-Gallego estudia a san Ignacio de Loyola, a Guillermo Roviroza y al papa Francisco, encontrando en la sinodalidad y en el discernimiento dos claves fundamentales para hacernos capaces de secundar con consolación, cruz y coraje la fraternidad cristiana y universal sin fronteras y la amistad social en lo concreto.

En la cultura del encuentro de Francisco, así como en la polémica hermenéutica desatada en torno a la encíclica y sus temas, profundizan varios autores. Armonizar lo uno y lo múltiple, la persona y la comunidad, lo local y lo global no es fácil. Ángel Barahona se pregunta cómo alumbrar una cultura comunitaria fraterna, caracterizada por la justicia y el perdón, cuando parece perdida la conciencia de pertenencia mutua entre las personas. Rafael Gómez Pérez denuncia la instrumentalización de la cultura por colonialismos ideológicos, siendo que, por definición, debe ser participativa y ética, e invita a pasar del sueño a

la esperanza. Marcial Sánchez Gaete y María José Navasal Castillo plantean los desafíos actuales de la Iglesia y del mundo desde la actitud del creyente que se deja interpelar. En este contexto, para Miguel Ángel Martínez López, la encíclica promueve actitudes y comportamientos dialogantes capaces de transformar la sociedad en clave humanizadora. José Corral apuesta por una ética altruista universal, sabiendo que el cristianismo es el más insigne testigo de ella. Por esto, Andrés Muñoz Machado afirma que revitalizar los valores cristianos es el camino privilegiado para desarrollar una cultura de la amistad que geste un humanismo nuevo. Agustín González Enciso, Javier Barnés, Juan A. García González y Manuel Cruz aportan diversas lecturas de la encíclica. Proximidad, diálogo y compromiso son pasos necesarios para hermanar la sociedad y el mundo.

La política ha de hacerse expresión de amistad social para elevarse a la nobleza que le corresponde. Frente a falaces utopías igualitaristas, Luis Núñez Ladevéze enfatiza la humanidad del buen samaritano que actúa más allá de los mínimos exigidos por la ley, participando de la gratuidad de Dios e integrando al necesitado en su propia comunidad. María del Rosario González Martín desglosa la vida social en diversos planos, en los que la amistad adquiere expresiones diferentes en función del sentido y bien común de cada uno. Urbano Ferrer Santos denuncia la partitocracia y el dominio de los intereses económicos sobre la política, proponiendo las bases antropológicas que permitan un diálogo social capaz de enriquecer la convivencia con la integración de los auténticos valores culturales de los pueblos bajo un Estado de derecho. Miguel Alfonso Martínez-Echevarría aboga por el sentido subsidiario del gobierno, promoviendo la libertad y la participación política, la ética y el trabajo. En esta línea, Eugenio Alberto Rodríguez apunta como principales desafíos para la

regeneración: la participación política, la economía solidaria, las altas aspiraciones y el realismo. José Ramón Recuero ahonda en la política y la justicia social, apostando por un diálogo que busque la verdad y por una opción preferencial por los más necesitados que posibilite la igualdad de oportunidades. Francisco Molina ve la globalización como inevitable y oportuna, pues existe un bien común universal que atender; esto exige superar el paradigma tecnocrático y repensar la organización internacional.

El Papa pide una *nueva economía* que se centre en la persona, con libertad y regulación del mercado. Domingo Sugranyes Bickel recuerda que, frente a la visión mercantilista, la gratuidad también forma parte de la vida económica. José Antonio García Durán estudia históricamente el pensamiento social sobre la exclusión social. Andrés Arnaldos Cascales, Agustín Ortega Cabrera y Rufino Orejas profundizan en el deber y derecho al trabajo como base del derecho a la propiedad privada dentro de una economía al servicio del florecimiento de la dignidad humana. José Barta Juárez aporta particular luz tanto para desarrollar un modelo personalista de empresa como un orden económico personalista para un desarrollo integral. Santiago García Echevarría aboga aquí por una economía social de mercado dentro de un marco ético, que permita vivir los valores y principios de la encíclica *Fratelli tutti*.

Para Emilio Martínez Albesa, la fraternidad exigiría querer el bien de toda persona, a la que se reconoce investida de la misma dignidad «aunque habite en el otro extremo de la tierra», y «la amistad social sería la forma de amor que permitiría, con su compromiso por el bien común, ir incluyendo y haciendo comunidad desde lo

local hasta lo global, pues el amor es concreto y realista, sin desentenderse del hermano cercano» (p. 701). En su epílogo recuerda que los cristianos, hijos de Dios en Cristo, hemos de ser vicarios en favor de todos hermanando por medio de la caridad sufriente a quienes ahora se nos presentan como distantes. Atiende también a la herencia espiritual de san Bernardo de Claraval, san Juan de la Cruz y Pierre Teilhard de Chardin. Propone un *amor sinodal*, que define como «el amor fraterno entre los miembros de la Iglesia que genera comunión inclusiva y difusiva, corresponsabiliza en la misión común y promueve la donación y la acogida recíproca de las aportaciones de todos» (p. 599). Este mismo amor se haría *amor social*, «al expandirse como celo misionero más allá de la comunidad eclesial para anunciar y celebrar la fraternidad en Cristo con todos y cada uno de los hombres con la esperanza de que Dios lo sea todo en todos» (*ibid.*). «La doctrina social de la Iglesia capacita a los cristianos para que hagan del encuentro entre la Iglesia y el mundo una experiencia evangelizadora de este y una experiencia enriquecedora de esa» (p. 602). El icono del *buen samaritano* cuestiona a los creyentes y a los no creyentes; pero los creyentes tenemos una responsabilidad muy particular en la edificación de este mundo fraterno.

En definitiva, hay que agradecer a los autores de esta voluminosa obra que, al hilo de la última encíclica papal, hayan compuesto un maravilloso mosaico de válidas ideas, que sólo están esperando ser puestas en práctica para transformar el mundo en un espacio de fraternidad y amistad social.

Fernando CHICA ARELLANO
Città del Vaticano
DOI 10.15581/006.56.3.780